

DON LUIS LEAL, HISTORIADOR Y CRÍTICO DE LAS LITERATURAS HISPÁNICAS

GERARDO PIÑA-ROSALES¹

El 25 de febrero de 2010 falleció en Santa Bárbara (California) D. Luis Leal. Había cumplido los 102 años. Aunque no tuve el privilegio de conocerlo personalmente, manteníamos contacto a través de nuestro común amigo Víctor Fuentes, con quien D. Luis coeditaba la magnífica revista *Ventana Abierta*. En 1998 Don Luis ingresó como académico de Número en la Academia Norteamericana de la Lengua Española, pero por aquel entonces no pertenecía yo aún a esta institución (que hoy me honro en presidir).

No me detendré en glosar la biografía de D. Luis; para eso remito al lector a dos libros imprescindibles: *Don Luis Leal: una vida y dos culturas. Conversaciones con Víctor Fuentes* y *Luis Leal, una autobiografía*, de Mario T. García. Baste recordar que D. Luis Leal, nacido de Linares (Nuevo León, México), tras cursar el bachillerato en su ciudad natal, se matriculó en la Northwestern University para

¹ Catedrático de Literatura en la *City University of New York*, es Miembro de Número de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, y su actual director, Correspondiente de la Real Academia Española, Correspondiente de la Academia Panameña de la Lengua, de la Real Academia Hispano Americana de Ciencias, Artes y Letras, y Presidente Honorario de la Sociedad Nacional Hispánica Sigma Delta Pi. Su obra, tanto como investigador, crítico literario, ensayista, como de escritor en materia narrativa es amplia, variada y diversificada. Ha cultivado desde muy joven la fotografía. En sus escritos, las fotografías no se limitan a ser piezas ancilares de la escritura sino que pretenden alcanzar validez por sí mismas, en perpetua dialéctica con las palabras.

seguir estudios en matemáticas. Pero las palabras vencieron a los números, y D. Luis acabó licenciándose en lengua española y literaturas hispánicas. Hizo la maestría y el doctorado en la Universidad de Chicago. Se naturalizó estadounidense, aunque sus viajes a México y sus estadías en el país de origen fueron siempre frecuentes. A partir de ahí, D. Luis ejerció la docencia en las universidades de Mississippi (Oxford), Emory, Illinois Urbana-Champaign y, por último, en la de Santa Bárbara, California, donde fue además Director del Centro de Estudios Chicanos. Su archivo personal –manuscritos, obras inéditas, correspondencia, etc.– se encuentra en la Universidad de Stanford. La producción de D. Luis Leal a lo largo de su vida fue vastísima: más de 200 artículos y más de 30 libros, monografías, ediciones, prólogos, etc.

Lo primero que llama la atención cuando se leen los estudios críticos de D. Luis Leal es su cabal exposición del trasfondo socio-histórico del texto analizado. Así fue desde sus primeros libros y artículos. D. Luis, sin adherirse a ninguna escuela o tendencia crítica en particular, fue siempre fiel a unos principios exegéticos *sui generis*. Por ejemplo, no se dejó seducir nunca por los cantos sirénidos del formalismo y de otros movimientos lingüísticos aplicados a la literatura, donde la *literariedad* del texto lo es todo, despreciando olímpicamente la realidad histórica de la que esos textos surgen, concebidos y compuestos por la voluntad creadora del autor. Como historiador de la literatura, yo me atrevería a afirmar que la hermenéutica de D. Luis a la hora de analizar un texto, a la hora de aquilatar el valor de una obra literaria, obedece a unos principios clásicos, canónicos; y nunca superficial o impresionista. Se adivina en sus lúcidos estudios una pormenorizada lectura previa de los materiales, una decantada meditación sobre ellos y un rigurosísimo prurito sistematizador. El *Diccionario de escritores mexicanos* lo define con toda exactitud: “Como historiador literario, Leal se caracteriza por la objetiva sobriedad con que ordena y estudia sus materiales. En sus escritos, D. Luis se transforma en narrador omnisciente, siempre oculto tras sus personajes, espectador y relator imparcial de sus vidas y hechos.”

En vez de dedicarse a la literatura peninsular, como era frecuente en la época en que comenzó su carrera de investigador, D. Luis Leal se consagró desde un principio al estudio de la literatura hispanoamericana, en particular de la mexicana, y, más tarde, de la chicana y de otras literaturas hispánicas de los Estados Unidos. Ahora bien,

es para mí evidente que esa división (a todas luces espúrea) entre las literaturas hispánicas de aquende y allende el océano nunca fue parte de los parámetros historiográficos de D. Luis. Sus conocimientos de la literatura española, tanto de la Colonial como la del Siglo de Oro, fueron enciclopédicos. Declarémoslo sin ambages: D. Luis Leal fue, ante todo, un gran humanista.

En el campo de las letras coloniales o del virreinato son ejemplares sus estudios sobre textos como la *Historia de la Nueva México*, de Gaspar Pérez de Villagrá, la *Autobiografía*, de Catalina de Erauso, alias la Monja Alférez, o *El Periquillo Sarniento*, de Joaquín Fernández de Lizardi. En la *Historia de la Nueva México*, D. Luis subraya el afán mitificante del autor a la hora de describir los hechos y dichos de la expedición de Juan de Oñate para colonizar el territorio. Y en la autobiografía de la Monja Alférez –muy lejos de la displicencia hispanófoba de Thomas de Quincey– destaca la actitud profeminista de esa fascinante figura. D. Luis percibe en *El Periquillo Sarniento* la influencia formal de la novela picaresca española y la ideológica de autores franceses como Rousseau. En su edición de la novela de Lizardi, pone especial atención al estudio del lenguaje y a la psicología de los personajes. El resultado es una edición crítica sistémica y esclarecedora.

Si bien es cierto que D. Luis les dedicó valiosos estudios a escritores no mexicanos contemporáneos como Julio Cortázar, García Márquez y otros, su principal campo de acción gravitó siempre hacia la literatura mexicana. Es ya legendaria su *Antología de la literatura mexicana*, publicada en colaboración con Carlos Castillo, en 1944. Pero hay dos figuras de la literatura mexicana a las que D. Luis prestó especial atención: Mariano Azuela y Juan Rulfo.

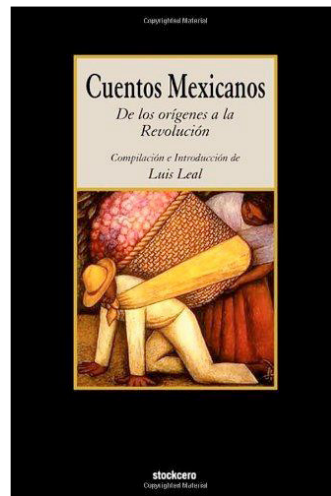
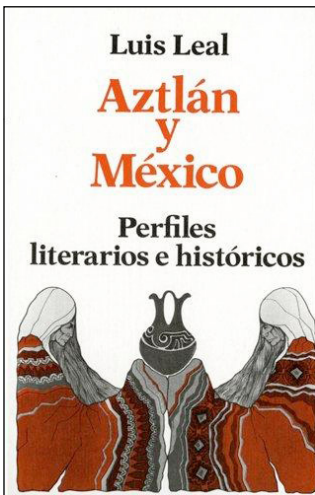
De 1971 es su libro *Mariano Azuela*. En este estudio (a mi juicio, aún no superado), Don Luis nos describe a grandes rasgos el contexto histórico en el que se desarrolla la novela, sigue paso a paso la biografía de Azuela –al hilo de sus papeles personales y entrevistas–, para terminar analizando las primeras obras de este gran creador de la novela de la Revolución Mexicana. D. Luis no olvida nunca que la literatura es siempre un diálogo con otras literaturas, que el escritor no parte de la nada. Y así, con abundantes y convincentes ejemplos, llega a la conclusión de que las dos fuentes principales de influencia en Azuela fueron el modernismo mexicano y los novelistas realistas franceses.

La otra gran figura a la que D. Luis le dedicó varios estudios fue Juan Rulfo. Para D. Luis, Rulfo fue quizás el escritor mexicano que mejor captó la esencia de su país y de sus gentes. En este sentido, si Borges había sido el pilar de una tendencia filosófica existencialista urbana, en Rulfo esa tendencia se fundamentaría en una invocación a la tierra, al hombre, al pueblo. *Pedro Páramo*, *El llano en llamas* anunciaron lo que habría de llamarse la literatura del boom latinoamericano. En su estudio sobre Rulfo y su obra (1983), D. Luis sigue el mismo procedimiento que en el libro de Azuela: el contexto histórico, los datos biográficos y el análisis de sus pocas, mas trascendentales, obras. De ellas, D. Luis destaca los aspectos narrativos –sobre todo el punto de vista–, la caracterización de personajes en esa personificación de las emociones típica rulfiana y la creación de una atmósfera preñada de presagios y misterio. En Rulfo, como en otros de sus contemporáneos (baste pensar en García Márquez), la influencia de William Faulkner es más que notable; esta influencia se percibe tanto en la creación de un espacio mítico como en el sentimiento de indignación ante las injusticias cometidas contra los oprimidos. ¿Por qué –se pregunta D. Luis– esa obsesión de Rulfo por la violencia, por la muerte? La respuesta habría que buscarla en las experiencias mismas del autor: la Revolución, la revuelta de los Cristeros, la muerte violenta de varios familiares. Y, desde luego, la realidad brutal del desierto, tan implacable como indiferente.

Hoy en día nos parece inconcebible que a principios de la década de los 70 todavía hubiera críticos que negaban la existencia de la literatura chicana. D. Luis fue pionero en el estudio y valoración de esta literatura. No se contentó con examinar las obras de las figuras más sobresalientes de este vasto y variopinto corpus literario –Tomás Rivera, Rolando Hinojosa-Smith, Alurista, Rudolfo Anaya, Miguel Méndez, Miguel Antonio Otero, Alejandro Morales, Sandra Cisneros–, sino que ahondó en sus fuentes, rastreó sus entronques, desenterró obras olvidadas, desconocidas o presumiblemente anónimas. Es el caso de la primera novela escrita en español, en los Estados Unidos: *Jicoténcal*, publicada anónimamente en Filadelfia, en 1826. Fue D. Luis quien despejó la incógnita de una vez por todas: su autor no podía ser otro que el cubano Félix Varela, a la sazón residente de esa ciudad estadounidense, cuyo estilo y pensamiento político –minuciosamente cotejados con otras de sus obras– se revelaban en el texto.

Soy un apasionado defensor del cuento, género minusvalorado por la crítica y el público. En más de una ocasión me he sumergido en su estudio: he intentado desentrañar sus entresijos; me he acercado a su palpitar breve y misterioso; lo he comparado con la novela, con el poema, con la fotografía. Y he acudido –y seguiré acudiendo– a los estudios que realizó D. Luis sobre este género, tan camuflante, tan resbaladizo. Y nunca, nunca me ha defraudado.

Críticos, historiadores de la literatura abundan, pero son pocos, muy pocos, los que como D. Luis Leal, pueden vanagloriarse de haber creado escuela.





Víctor Fuentes y Luis Leal
© Foto cortesía de Isaac Hernández